

DIOS

*
—
ES PROPIEDAD DEL EDITOR
—
*

I
ASCENSIÓN EN LAS TINIEBLAS

EL ESPÍRITU HUMANO

Y veía á lo lejos un punto negro sobre mi cabeza.

Al modo como se ve moverse una mosca en el techo, aquel punto iba, venía, y la sombra era sublime.

Y como el hombre, cuando piensa, es un ser alado, atrayéndome la obscuridad cada vez más á su abismo, como alga á la que arrastra un reflujo tenebroso, cerniéndome hacia aquel punto negro en la descolorida profundidad, me sentía ya volar [fuera] (*) de mí mismo, cuando fuí detenido por alguien que me dijo:

—Quédate.

En el mismo instante se extendió una mano.

Yo estaba ya muy alto dentro de la nube oscura.

(*) Emplearé este claudatur para indicar las palabras suplidas en pro de la claridad del concepto; la vigorosa concisión de Víctor Hugo no puede conservarse en idioma castellano.—(N. del T.).

Y vi aparecer una figura extraña; un ser completamente sembrado de bocas, de alas, de ojos, viviente; casi lúgubre y casi radiante; extenso; volaba; algunas de sus alas estaban calvas. Al agitarse, las pestañas de sus salvajes pupilas producían más rumor que una bandada de pájaros, y sus plumas hacían un ruido de aguas caudalosas. Pesadilla de la carne ó visión de apóstol, según se mostraba por una ó por otra faz, parecía una bestia ó parecía un espíritu. En el aire, donde le sorprendió mi vuelo, diríase que emanaba luz y que despedía tinieblas.

En medio de las fúnebres brumas, me miraba tranquilamente.

Y sentí en él algo de humano.

—Pero ¿qué eres, tú que vienes á cerrarme el camino, ser obscuro que te estremeces al soplo de esas brumas?,—le dije.

Él respondió:

Yo soy una de las plumas de la noche, ave sombría de sombras y de rayos de luz, negro pavo desplegado de las constelaciones.

—¿Tu nombre?,—dije.

*

Él repuso:

—Para tí, que vas flotando lejos de las causas y no puedes ver más que un aspecto de las cosas, soy el Espíritu humano.

Mi nombre es Legión. Soy el enjambre de los ruidos y el contagio de las palabras vivientes que van y vienen de alma á alma. Soy soplo. Soy ceniza, humo y llama. Tan pronto el instinto brutal como el hábito divino. Soy aquel gran transeunte, extenso, invencible y vano al que llaman viento; y siendo mi palabra el aliento universal, tengo en ella la estrella y la chispa; el aliento y no la boca; un céfiro me agranda y me abate; y cuando he respirado, lo he dicho todo. Soy gigante y enano, falso, verdadero, sordo y sonoro; populacho en la sombra y pueblo á la luz de la aurora; digo yo y digo nosotros; yo afirmo, nosotros negamos. Soy el flujo de las voces y de las opiniones, el fantasma del año, del mes, de la semana, hecho del grupo que huye de la nube humana. Hombre, en mí gira siempre la contradicción su obscura rueda, de la que soy el Ixión (*). Soy Demos. Soy lo que anda, espera, rueda, llora y ríe, niega y cree; soy el demonio Muchedumbre. Soy como la tromba, huracán y pilar.

Al mismo tiempo vivo en el hogar doméstico. Sí, arranco al tizón la súbita chispa que hace desprender el obscuro germen que cobija el cráneo y que, atravesando los espesores de las frentes inclinadas, produce la explosión de los espíritus de los pensadores. Vivo cerca de ellos, [como si fuera su] velador íntimo; combino el viejo lúpulo de Flandes con la uva sabina; la franca alegría ática con la risa gala; la antigua despreocupación con sus dulces leyes paz, libertad, regocijo, buen sentido, es mi bebida; con ella achispo á Erasmo y á Sterne y hasta á mi salvaje Diderot; y vierto de ella algunos chorritos del ánfora de Horacio en la colodra de Rabelais.

(*) Ixión, rey de los Lápitos, precipitado en el Tártaro y atado á una rueda en continuo movimiento, en castigo de un insulto inferido á Juno.—(N. del T.).

¿Qué soy, además?

A cualquiera que empieza le grito: ¡Basta!, ¡acaba! Soy la inmensa medianía; siempre que se habla y se dice medianero, moda, mediador, meridiano, medio, se me evoca, se me conjura con cada una de estas palabras, y tan pronto es en alabanza como en injuria. Soy el espíritu Medio: el ser neutro que va hacia abajo sin encontrar á Iblis, en alto sin ver á Jehová; en el número soy multitud; en el ser, límite. [Como] hombre, me opongo al exceso de conocer, de buscar, de encontrar, de errar, de ir al fin; yo soy Todo, el enemigo misterioso de Todo; soy la ley de detención, de circuito, de recinto y de horizonte, que sale de toda la naturaleza; en las alturas, el éter azul é irrespirable; la pesadez en el abismo implacable y sordo. Yo soy quien dice: «Esa es tu esfera». Espera, detente. Todo ser, hombre ó piedra, ángel ó bestia, tiene su frontera, y sin dilatar su forma de hoy, debe sufrir el yugo de las leyes que en él se cruzan. Me llamo Límite y me llamo Centro. Guardo todos los umbrales de todos los mundos. Regresa. Todo es asido por mí, cogido, circunscrito, domado. Por miedo á los extremos, desconfío un poco de la locura y mucho de la sabiduría. Llevo en trailla el entusiasmo y el apetito; para que vaya hacia lo real sin apartarse del bien, engancho al [carro del] género humano este león y este perro.

Y como soy soplo y peso, nada puede evitarme, porque todo como espíritu flota y gravita como cuerpo.

Y la explicación, ya te lo he dicho, viviente, está en que yo soy el espíritu material, el viento, y soy la materia impalpable, la fuerza.

Constriño toda savia á que circule bajo la corteza. Siendo celada todo espejo, queda empañado á mi soplo. Contra la embriaguez del espléndido infinito, tengo los pensadores, esas moscas enclenques. Sujeto los pies de aquellos para quienes toma alas el firmamento. Soy perfume, veneno, bien, mal, silencio, ruido; en lo alto soy medio día, abajo media noche; voy, vuelvo, soy la sombría alternativa; soy la hora que, golpeando á la sombra, hago salir doce apóstoles durante el día, por la noche doce césares. Hago las artes dando á lo grande la forma de lo bello.

Vago y miro por los medios humanos en las brumas carnales; soy el rebaño de las pupilas. Soy lo universal, soy lo parcial. Nazco del vapor, como el agua del cielo. Crezco en las rocas, como la taxifraga. Salgo del verde sendero, del hogar, del naufragio; del suelo del camino, del mojón del campo, de los harapos del ahogado, que se secan sobre la playa, de la antorcha que se extingue, de la flor que se marchita.

Me he llamado Pirrón, Aristófanes, Demócrito, Aristóteles, Esopo, Luciano, Diógenes, Timón, Plauto, Plinio el antiguo, Cervantes, Bacon, Swift, Locke, Rousseau, Voltaire. Soy la enorme resultante de la tierra: la razón.

*

Allí estaba yo pensativo, turbado, mudo. Mientras escuchaba yo, el ser proseguía:

—Hombre, el misterio está abierto para nosotros. Nosotros lo somos. Para el abismo soy el espectro; para vosotros, hombres, soy la voz que dice: Id, pero

sabed á dónde. A lo largo del guardalado, vago junto al vacío. Yo advierto.

Y repuso:

—Oye, espíritu que tiembles y que ni siquiera puedes entrever los conjuntos:

Hombres, vosotros me ignoráis, pero yo os conozco á todos; y hasta soy vosotros [mismos], aún fuera de vosotros.

Multitud entre los brutos, y lo escogido [entre] los ángeles, hay en cada tierra y en cada satélite un ser aparte, pensamiento y carne, materia, espíritu, página mixta del libro en que escribe la naturaleza, último pliego del Monstruo y primera del Genio. Criatura en la cual forman armonía el fango y el oro; en la bestia, por mitad, en la idea á medias, llama emparejada con el cuerpo su enemigo, doble rayo torcido por la obscuridad y arrebatado por el alba; misterio; con un pie en la escala de la vida, en el principio, y otro en el fin.

Este ser que compara, siente, ve y ama, es el hombre.

De que la muerte conserve, acreciente ó siegue á éste poco más ó menos sublime, y esta obra maestra esboza, de que tenga lo que él llama un alma, no te hablo en este momento; solamente te digo que el hombre existe dondequiera que haya un medio [ambiente] de seres. Vive junto á los soles, hogares, astros, antepasados. En tierras más ó menos lejanas del fuego, vive domando su globo. Es grande y es poco; diverso por la forma, pero uno por su naturaleza;

tiene [dentro] la hidra animal, y la planta [medicinal] por circuito; está en la cumbre de lo para él visible, y, larva en que se cruzan dos brillos, punto de apoyo de todo un fenómeno idéntico á él mismo, marca en todas partes el mismo alto del problema. Entre el ala y el vientre está el ser en pie; en todas partes es el rey planetario; en todas partes posee y rige el astro intermediario entre la sombra y el gran sol que incendia; pues todo globo que gira al rededor de una claridad es planeta desde lejos y humanidad de cerca.

Y—puesto que tu ojo se sumerge y penetra hasta mí,—el espíritu colectivo de este ser soy yo, doquiera, bajo todas formas y en la inmensidad. Tú ¡oh transeunte! no eres más que hombre; yo soy humanidad.

*

El espantoso ser, cerniéndose en la obscuridad inaccesible, añadió:

—Nada debe salir de su posible. Nada debe extralimitarse de su realidad. Sin embargo, ya que imprudente vienes á esta sombra, quiero hacer una excepción contigo, á quien he encontrado. Cualquiera que sea tu designio, nada haré contra él; hombre, consiento hasta en satisfacer tus deseos. Formando parte de lo infinito, puedo cuanto quiero; todo puede abrirlo mi mano, puesto que puede cerrarlo todo. Quien saca [agua del pozo] de la noche, puede sacar [agua del pozo] de la aurora, y te concederé lo que quieras. ¿Qué pides? Habla.

Y en el sagrado espanto yo me callaba, [semejante á una] caña doblada, vil brizna de rastrojo.

—No has venido hasta aquí,—dijo el fantasma,— para no pedir algo. Vamos á ver, habla, ¿quieres fuegos, nimbos, destellos? ¿Qué quieres de este precipicio á donde acude, cuando me inclino á él, feroz y blanca la paloma nube? ¿Quieres saber [lo que hay en] el fondo de la serpiente ó del gusano? ¿Quieres que te lleve conmigo por el éter? Te obedeceré. Habla. ¿O hay que enseñarte cómo llega la aurora y sale al encuentro del perfume de la flor y del canto de los pájaros? ¿Quieres que cojamos á la tempestad por las narices y que rodemos ambos en medio de la tormenta cuando la jauría del viento corre por encima de las olas espumeantes y cuando el arquero trueno y el cazador rayo atraviesan con sus disparos la piel de escamas de la mar? ¿Quieres, oh caminante, que saquemos los dos á manos llenas la ilusión terrible del [pozo de lo] invisible? ¿Quieres que inclinemos nuestros ojos sobre los secretos y que miremos de cerca la naturaleza mientras ella produce en la inmensa penumbra? ¿Tendrías curiosidad por ver el sombrío parto? ¿Quieres ver en el germen, y ver cómo empiezan el pensamiento ó la roca, el sueño ó la ola, y tomar la creación, madre de la realidad, así como de la quimera, sobre el hecho? ¿Quieres oír el rumor de un nacimiento, ver despuntar un edén, tener las primicias de una esfera, de un globo en flor, de una luz? ¿O ver surgir la idea deslumbradora, gallarda, buscando al esposo genio en el fondo del cielo lejano? Dí, ¿quieres ver en la noche, en el destino algún brillo de astro, algún albor de alma? Puedes escoger. Pregunta, interroga, reclama, habla. Estoy esperando. ¿Hay que asir una estrella por la cabellera, en la huida de las noches (puedo hacerlo), y traértela espléndida y estremeciéndose? ¿Qué quieres? ¿Quieres ver diez soles, veinte, sesenta, como se levantan á la vez en sesenta universos? ¿Quieres ver en el umbral de los cielos

abiertos de par en par á la mañana desenganhando los siete caballos de la Osa? ¿O quieres, hombre, que los mundos, á los que hace girar un prodigio eterno, se detengan un momento en la obscuridad, donde tiene su manantial el día, y tomen aliento? Habla.

El espíritu plegó sus alas de mariposa nocturna y calló.

El aire temblaba bajo mis atrevidos pies. Y la áspera obscuridad que nos veía á ambos, y á la que vagas aureolas agrietaban á lo lejos en forma de estrellas, pudo oír este sombrío cambio de palabras entre el extraño espíritu y yo, el hombre deslumbrado:

—No, nada de todo eso.

—¿Qué quieres?

—A ÉL.

*

—¿Eh?, dijo el espíritu.

Y desapareció todo, y la especie de claridad que palidecía en la espesa nube, zozobró en el aire más negro que un cielo cimero (1).

Oí una carcajada y nada vi.

(1) *Ciel cimmerien* en el texto francés. Con esas palabras se indica el cielo de la mansión de los muertos, que los antiguos colocaban junto al país de los cimérios; la noche permanente, las tinieblas profundas de aquella morada.

*

¡Ay! No siendo más que un hombre, una carne miserable, en aquella obscuridad salvaje, áspera, impenetrable, en aquellas brumas sin fondo, sin bordes, bajo aquel sudario, pensé que era horrible estar solo. Luego mi espíritu volvió á su objeto: ¡ver, conocer, saber! Mientras la sombra espantable, hosca, traidora, haciendo repercutir por sus ecos aquella risa burlona, aumentaba en el espacio y en mi corazón.

*

Entonces me pareció que en un opaco espejismo veía revueltos ante mí, como torbellinos empujados por un viento de temporal, pasar y crecer y estremecerse, y huir y borrarse aquellas criptas del vértigo y aquellas ciudades del sueño, Roma, cambiando en sus fachadas el gladio por la cruz, Tebas, Jerusalén, La Meca, Medina, Hebrón, figuras con un clarín en la mano, y árboles [en su aspecto] huraños, cavernas, grutas donde oraban Jerónimos con la barba al aire, y entre babeles, torres, templos griegos, horribles frentes de escollos con cabellos de oro; y todo esto, Nínive, Éfeso, Delfos, Abderah, tumba de san Gregorio, donde vela un lamparín, escalas de Benarés, pagodas de Ceilán, montes desde donde el águila de mar emprende su vuelo al anochecer, minaretes, partenones, wigwames (1), templo de Aglauco, donde se ve abrirse [como] flor vertiginosa el alba, y gruta de Calvino, y cuarto de Lutero, pasos de ángeles azules

(1) *Wigwam*, choza que sirve de habitación á una familia de Pieles-Rojas y también aldea de éstos. Pronúnciase *ui-guam*.

(N. del T.).

por el líquido éter, trébedes donde llameaban almas, ojos de ascuas de la perra Scila sobre el mar calabrés, Dodona, Horeb, peñascos espantados, bosques turbadores, convento de Eschmiadzin de los cuatro campanarios blancos, negro cromlech (1) de Bretaña, espantoso cruack (2) de Irlanda; Pæstum, donde los rosales suspenden su guirnalda, templos de los hijos de Cam, templos de los hijos de Seth, todo flotaba lentamente y se desvanecía en una especie de áspera y vaga perspectiva y no había ante mi pupila atenta más que la visión que no hace ruido y la forma obscura esparcida en la negrura.

Y, pálido y tembloroso, hice este sombrío llamamiento, sin atreverme á levantar la voz, por miedo á la sombra:

—¡Seres, lugares, cosas, noche, noche fría que te callas! ¡Cedros de Salomón, encinas de Teutates! ¡Oh buzos de las nubes! ¡Oh relatores de tablas, adivinos, magos, videntes, hombres espantables; Tebaidas, selvas, soledades; Ombos (3), donde los doctores, viviendo en huecos de tumbas, se llenan de infinito, como

(1) Cromlech (del bajo bretón *cromm*, corvo, y *lec'h*, piedra), monumento megalítico que consiste en un grupo de menires ó piedras sin desbatar, fijadas en el suelo ó puestas sobre su superficie, guardando poca distancia entre sí; con frecuencia indican antiguas sepulturas.—(N. del T.).

(2) No conocemos el significado de esta palabra. En inglés *crouch-back* (pronúnciase *cráuch-bac*), ó *crook-back*, ó *crook-backed* (pronúnciase *cruck-bact*), significa jorobado, corcovado, gibado, giboso. Tal vez sea *cruack* equivalente á *cromlech*.

(3) Ombos, hoy Koum-Ombos, ciudad arruinada del Alto Egipto, en la Tebaida, capital de Nomo, á la orilla derecha del Nilo, entre Siena y Apolinópolis la Grande. Las ruinas de sus monumentos son gigantescas, y ofrecen todavía motivos de admiración y estudio al artista y al sabio. El Nilo en sus avenidas ha descubierto cimientos de 40 pies de profundidad.

las esponjas se llenan de agua! ¡Oh cruceros oscuros de los abismos y los pensamientos, sueño, blanca lumbrera de las apariciones; gérmenes, avatares (1), noche de las encarnaciones en que el arcángel echa á volar y se revuelca el monstruo; muerte, negro puente natural entre una y otra estrella, comunicación entre el hombre y el cielo; coloso de Minerva Aptera, á cuyos pies el viento respetuoso hace caer á los que pasan; olas que vuelven siempre á los que siempre despiden las rocas; calvo Apolonio, viejo soñador sideral! ¡Oh escribas, que con la punta del bastón augural trazáis los tenebrosos palotes del alfabeto; epoptes (2), griegos, fakires (3), voghis, bonzos (4), eubages (5), istmo de Suez que cierras la India como un cerrojo! ¡Oh bóvedas de Elora, alturas del monte Merón; Juan, interlocutor del pájaro Chérubime (6), y vosotros,

(1) Avatar (del sanscrito *avatara*, bajada), en la religión de la India acto de un dios que desciende del cielo á la tierra para tomar la forma de un hombre ó de un animal. Viene á ser una especie de encarnación, cambio ó transformación.—(N. del T.).

(2) Epopte (del griego *epoptes*; de *epi*, sobre, y *optomai*, yo veo). En la antigua Grecia, iniciado del tercero y más alto grado en los misterios de Eleusis.

(3) Fakir ó faquir (transcripción del árabe *faquir*, pobre); santón mahometano que vive de limosnas y que se entrega á menudo á un ascetismo extremado.

(4) Bonzo, del sanscrito budha *sabio*, sacerdote del culto de Budha en el Asia oriental.

(5) Eubage, y también euhage (del latín *eubages* y *euhages*, en Amiano-Marcelino). En la antigüedad sacerdote galo dedicado al estudio de las ciencias naturales, de la astronomía y de la adivinación.

(N. del T.).

(6) *Cherubime* escribe Víctor Hugo; corrientemente se escribe en francés *chérubin*, pero nuestro autor lo hace derivar directamente del hebreo *cherub* ó *chrub*, en plural *cherubim* ó *chrubim*. Los querubines bíblicos no eran, como generalmente se cree hoy, seres inmateriales, como los ángeles, sino unos á modo de bestias, que llenaban aproximadamente las mismas funciones entre los hebreos que las esfinges entre los egipcios y los griegos, el *anka* entre los árabes, el *simurg* entre los persas, etc. Su forma, á juzgar por las descripciones que nos ha legado la Biblia, la de los dioses indios y egipcios medio

poetas; Dante, hombre espantoso por inmenso, gran frente trágica sombreada por hojas de laurel, que vuelves, dejando que grite la obscuridad, trayendo bajo tus pestañas el brillo de los avernos; domadores que vais á las cavernas sin palidecer á forzar al bramido hasta en su madriguera; pilotos nubianos que remontáis el Nilo! ¡Oh prodigioso ciervo de negros cuernos que bramas en la selva de los djins (1), de los pandectos (2) y de los bramas; hombres enterrados vivos pensando en vuestros ataúdes! ¡Oh pastores apoyados sobre los codos! ¡Oh brezos; escollos donde medita á la hora del crepúsculo una forma siniestra; Pitia sentada en la frente del horrible cabo Canistro; ángulo de la siringia, donde los pensadores que entran en él distinguen vagamente sátrapas mitrados! Vosotros, selenitas, á quienes la luna embriaga y turba; vosotros, sangrientos bendecidores de las únicas aguas benditas, ojos llorosos de los mártires; vosotros, sabios indecisos; Merlín sentado bajo el inexplicable carbunco; Job, que contemplas; tú, Jerónimo, que meditas; ¿es que no puede verse un poco de claridad, decid?

animales y medio hombres. Herder y Creuzer hacen notar la analogía que existe entre los *querubines* judíos guardadores del paraíso y los dragones griegos que guardaban el jardín de las manzanas de oro.

La descripción completa de los querubines mosaicos no existe en parte alguna; sin embargo, puede admitirse como muy verosímil que eran representados según los modelos de los dioses egipcios que tuvieron á la vista los hebreos durante su permanencia en Egipto. Su forma plástica es muy varia. Según la visión de Ezequiel, tienen cuatro rostros: de hombre, de león, de toro y de águila, y cuatro alas, dos para volar y dos para recubrir su cuerpo, que está sembrado de ojos. A esta cualidad se refiere seguramente la alusión del autor.

(N. del T.).

(1) Véase la composición de este título y nota en *Las Orientales* del m. A.

(2) Pandecto, en francés *pandect* y *pandit* (*pandit*, dice el original), doctor de la secta de Brahma. Sin equivalente en el *Dic. de la R. A.*—(N. del T.).

*

[Alguien] soltó la carcajada por segunda vez.

*

Y aquella risa era más bien un rictus que una voz; removi6 largo tiempo la visionaria sombra, y desvaneciéndose, rodó como un trueno de nube en nube por el fondo del mugiente cielo.

Y permanecí mudo, grave, preguntándome qué había de tan risible en mi pregunta.

*

Sin embargo, gradualmente la obscuridad se hizo visible; y el ser que me habló antes reapareció, pero agrandado hasta despavorirme; llenaba de alto á bajo la sombría cúpula, como si el infinito dilatara á aquel fantasma, de suerte que el espacio espantoso no ofrecía más que rostros, flujo viviente, viviente reflujo, un sordo hormiguelo de hidras, de hombres, de bestias, y que el fondo del cielo me parecía lleno de cabezas.

Aquellas cabezas, por momentos, parecían que-rellarse. Yo veía centellear todos aquellos ojos en la obscuridad. El monstruo se iba agrandando, agrandando, agrandando sin cesar. Yo no sabía ya qué era aquello. ¿Era una montaña, una hidra, una sima, una ciudadela, un nubarrón, un amontonamiento de sombra, la inmensidad? Yo sentía todos los ojos fijos á un tiempo sobre mí.

*

De pronto, estremeciéndose como un árbol que tiembla, el fantasma gigante se esparció en voces que, bajo sus flancos, murmuraban á la vez. Y así como de un brasero se desprenden chispas, como se ve á veces apartarse pájaros desbandados, palomos, cercetas, de un enjambre que pasa, como en las alturas, precediendo á la tormenta, vuelan nubes empujadas por los vientos; todas aquellas voces, mezclando el grito, el llamamiento, el canto, desprendiéndose del inmenso ser informe y negro, mostrándome vagamente máscaras y bocas, vinieron á atronar encima de mí con ruidos feroces, á veces á un mismo tiempo, y con frecuencia sucesivamente, á la manera como los montes, se iluminan uno después de otro en el fondo del horizonte, á la hora en que despunta el día.

Y saliendo del monstruo me hablaron [varias] formas.